

mundo es el ámbito de diálogo del «to-tú». Más adelante prosigue Wittgenstein: «Si mi conciencia me desequilibra es que no estoy en concordancia con algo. Pero ¿qué es ello? ¿Es el mundo?».

El dolorido sentir del artista, es desgarrada conciencia del intelectual. Dolor del alma que no sabe para qué vivir. A la muerte de la esperanza sigue el absurdo de la vida. La espera es anterior al diálogo. Y la esperanza es posterior. Destruída la concordia entre el «yo-tú», también se trunca la espera y la esperanza. He aquí la raíz fundamental del absurdo. Escribe Laín: «Un hombre sin esperanza sería un absurdo metafísico como un hombre sin inteligencia o sin actividad».<sup>9</sup> Absurdo significa contrario a la razón, pero nunca como en nuestra época el hombre ha vivido más irracionalmente.

En el libro de Theodor W. Adorno *La ideología como lenguaje*, se lee una frase tan estremecedora como la siguiente: «El hombre es la ideología de la deshumanización».<sup>10</sup> Es la sociedad quien convierte la verdad en ideas útiles: en ideología. El hombre deshumanizado: cosificado, objeto de compra-venta; una ideología política, un anuncio comercial. La pérdida de la identidad social es también la destrucción de la conciencia individual. Y viceversa. El ideal: El otro no es el extraño, sino el «alter-ego». Yo soy el otro, el otro es yo. La dialéctica deviene en diálogo, la rivalidad en con-unión. Pero la realidad es otra. El hombre se desgarrá entre la soledad a la que ha sido condenado y la sociedad —esa madre artificial— madrastra, fomentadora del desarraigo. La sociedad, equilibrio pactado de los otros, difícilmente deviene en «con-unidad» de todos. Esa sociedad es anónima. La amistad, como la entendían griegos y romanos, que convertía a los hombres (soledades) en personas, mediante el diálogo hasta la cordialidad, ha sido sustituida por la relación económica, el pacto comercial. Relacionarse es estar juntos, apenas tocarse por los acuerdos, siempre pre-vistos. No es con-vivir.

El hombre intenta salir de «su-soledad» y no «des-integrarse» en la sociedad. Vivir, es ser creciendo desde sí mismo a los otros. Ortega en su interesante artículo, «La percepción del prójimo»,<sup>11</sup> recuerda un proverbio árabe, el cual dice que el hombre no puede saltar fuera de su sombra. El hombre es un prisionero de su propia identidad. La sombra es una proyección que no puede replicar al original. (Todo monólogo es un diálogo imaginario. El otro es una proyección de sí mismo que ni siquiera responde, es una imagen.) Ortega reflexiona: «Esto quiere decir que encerrados en nosotros mismos, no podemos transmigrar de nuestra persona a la del prójimo y, consecuentemente, que no podemos vernos a nosotros mismos desde fuera. Porque el perfil del “yo” sólo sería visible desde un “tú”». Mas ir del «yo» al «tú», en estricta realidad es imposible, pues si el «yo», se convierte en «tú» deja de ser. Más adelante indica Ortega que tal situación, tan dramática, no siempre es así. «Hay momentos en que vivir es hallarse fuera de sí mismo perdido deliciosamente en el interior de los prójimos.» Ortega indaga las circunstancias en que el cerco de soledad es vencido por la «primera impresión», la simpatía, el flechazo...

<sup>9</sup> Véase Pedro Laín Entralgo, *La espera y la esperanza*, Madrid, 1957.

<sup>10</sup> Theodor W. Adorno, *La ideología como lenguaje*, Taurus, Madrid, 1981; p. 75.

<sup>11</sup> Publicado en *La Nación de Buenos Aires* el 14 de septiembre de 1924 y en *El Sol de Madrid* los días 4 y 6 de noviembre de 1924, incorporado luego al libro *Ideas y Creencias*, 1.ª edición, 1939.

Desde la perspectiva de la lucha por la vida el «otro» es un rival que disputa al «yo» su territorio o «circum-yo» externo a su «intra-yo». Desde la cultura humana —lenta revolución de la animalidad a la hominización— el otro es la proyección del «yo», el «alter ego», que a su vez es realidad e intercambio en el diálogo recíproco.

### 3. La invención del otro

Al hombre le nacen en sociedad. Es una deuda que pagará durante toda su vida. Haber nacido es un delito si se hace caso a Calderón, pero separarse de la tribu, renunciar a la «gens» es una traición imperdonable. Y sin embargo, la destrucción actual de la familia, el individuo que vive solo como unidad social, parece hoy un hecho revolucionario. El hombre se basta a sí mismo, no necesita de los demás. Si quiere escuchar la voz de sus semejantes, siempre tiene a mano la televisión o la radio que puede «interrumpir» cuando quiera. Pero renunciar a los demás, por muy autosuficiente que alguien sea, crea una conciencia de culpabilidad que carcome la «felicidad» del aislamiento. La vida es una cuenta corriente, siempre para pagar el mismo hecho de estar en el mundo. La sociedad ya estaba inventada desde el mismo momento de nacer el hombre. Aunque fuese abandonado, al ser consciente se preguntaría: ¿Quién es? ¿Qué quiere? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? El hombre no elige nacer. La elección es de otras criaturas; del placer, de la necesidad, el azar o el error. Su libertad, en lo que quiera y pueda hacer, en la vocación, en el trabajo, en la «realización» como persona, siempre estará muy condicionada por la sociedad. Un acto libre que podría realizar y no se atreve, por estar condicionado por las ideas y creencias<sup>12</sup> o por la misma indecisión, es la elección de su muerte. Sólo pensar en tal libertad le asusta y prefiere dejarlo al devenir del tiempo, a la mano sabia de la naturaleza que sabe cortar toda flor o hierba. Una vez en el mundo, no tiene más remedio que vivir en sociedad, siendo el hombre interior y existiendo como persona que «interpreta» lo mejor que puede su «función» social. Si madura, está en la trayectoria entre «ser-el-que-es» (naturaleza) hasta «ser-el-que-quiere-ser» (voluntad), en la conquista de su propia personalidad, que es la impronta del hombre en lo social.

El camino del hombre a persona para algunos es una comedia, para otros un drama. Lo mejor será tomarlo, sabiamente, como tragicomedia.<sup>13</sup> La vida entre el ser (hombre) y el parecer (persona) es un desgarró trágico. Sin embargo, cómo vivir y vencer a la angustia. Por el humor y la «risura» (no de la propia sombra tarea de malévolos) sino de la misma tragedia, tan desmesurada para simples criaturas mortales. El convencimiento de que no somos dioses, que bastante tarea tenemos con ser hombres, y no hacer daño a los demás. ¿Ser felices? La felicidad nunca es un deseo, sino una consecuencia de otras aspiraciones. No, no es reírse del sufrimiento birlar y burlar las causas, a veces tan ridículas, que conducen a la amargura.

Los poetas saben del dolorido sentir, del sentido nostálgico de la vida. Desde la sole-

<sup>12</sup> Léase otra vez a Ortega.

<sup>13</sup> Los griegos podían aspirar a la tragedia. En la sociedad moderna, para nuestra desdicha, el héroe es siempre un farsante, así resulta el personaje tragicómico.

dad lloran lo que han perdido, lo que acaso nunca tuvieron. El poeta que ha perdido el «tú» del posible diálogo se encierra en el monólogo, que es todo poema, para añorar el «tú» o para inventárselo. La poesía lírica es fundamentalmente amorosa; de un amor imposible que se toma como excusa para la obra (Petrarca) o de un amor, razón de corazón y de poesía (Garcilaso). En el conflicto (si el poeta dialogara no escribiría), su obra es una secreción del yo herido que se autodefende y esconde de la otredad. La poesía es un monólogo para el diálogo porque nadie puede vivir en soledad absoluta, aunque sepamos, Ortega *dixit*: «La vida humana sucumbe a la realidad, reinventa la realidad, la ensueña».<sup>14</sup> Don Quijote es el otro de Miguel de Cervantes. En la conocida tesis unamuniana, el personaje puede ser superior al autor, más real. El escritor se desdobra en personajes no sólo para ser protagonista, sino también antagonista, agonista en la tragedia de la vida, como le gustaba a Unamuno. La psiquiatría pesquiza en los bajos fondos del hombre. El poeta es un enfermo del alma, en el conflicto hombre-persona, y todo hombre lo es en algún sentido, a no ser que se trate de un imbécil. Ya Descartes estableció la metafísica dualista de la realidad del hombre. El hombre y el mundo son binarios hasta la moderna demostración cibernética. Cada cosa es y se complementa en su opuesto. «Yo» soy «yo», pero también «el-que-no-soy», «el-que-quiero-ser» y «ya-estoy-siendo». Descartes decía: «Je ne suis qu'une chose qui pense». Pero lo más real de mí es eso que pienso, lo que no soy pero seré un día. El pensamiento es una realidad segregada del «yo», algo que objetivo fuera de mí, una imagen reflejada, una duplicación de mí mismo. Pensar es siempre pensarse, pues el origen es siempre el «yo». El pensamiento reflexivo se hace transitivo, cuando ese «pensar-se» se transforma en «pensar-con-otros». Todo hombre, no sólo el poeta, segrega imágenes, pensamiento, dualidades.

El hombre descubre la realidad del otro en sí, en las dualidades de sí mismo y fuera de sí. El otro no es una invención interior, sino una realidad exterior que puede apreciar por los sentidos. La realidad del tú constituye para Max Scheler una de las que él llama «esferas del ser». «En el fondo —dice— no existe una diferencia radical entre la percepción de sí mismo y la percepción del otro.» Laín escribe: «El otro es por lo pronto realidad». Y más adelante: «Además de ser resistencia y realidad el otro es realidad exterior; no es mi propia realidad ni la realidad de Dios».<sup>15</sup>

¿Cómo entender la realidad? No sólo por la razón inteligente. Ya Zuribi rectificaba a los excesos de la razón cuando hablaba de inteligencia sentiente.<sup>16</sup> La razón cree que sólo tiene la verdad ella sola. Juzga a los demás, pero no se ve a sí misma. La filosofía, desde Aristóteles, ha padecido de excesos de razón que impiden ver la realidad. Por debajo de la razón del hombre hay un universo de la pasión, imaginativo, instintivo, indispensable, aunque no se le quiere dar carta de naturaleza. Repugna a la mente y es condenado al submundo de la literatura o de las enfermedades psíquicas. Es vergonzante dar un poco de razón, no sólo a los instintos, sino a los mismos sentimientos.

<sup>14</sup> Véase José Ortega y Gasset, *El hombre y la gente, Obras Completas, tomo VII*.

<sup>15</sup> Pedro Laín Entralgo, *Teoría y realidad del otro, 2.º volumen, p. 58*.

<sup>16</sup> Véase Xavier Zubiri, *Inteligencia sentiente, Alianza Editorial, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1982*.